



« Misericordia y Amor al prójimo según
San Agustín.» // Ciclo 2016

Fuentes VI

Las virtudes y la *via beatitudinis*.

Soliloquios (386/7) Libro I Cap. 612.R.-

12 Es razonable tu interés. Pues te promete la razón, que habla contigo, mostrarte a Dios como se muestra el sol a los ojos. Porque las potencias del alma son como los ojos de la mente; y los axiomas de las ciencias aseméjense a los objetos, ilustrados por el sol para que puedan ser vistos, como la tierra y todo lo terreno. Y Dios es el sol que los baña con su luz. Y yo, la razón, soy para la mente como el rayo de la mirada para los ojos. No es lo mismo tener ojos que mirar, ni mirar que ver. Luego el alma necesita tres cosas: tener ojos, mirar, ver. El ojo del alma es la mente pura de toda mancha corporal, esto es, alejada y limpia del apetito de las cosas corruptibles. Y esto principalmente se consigue con

la fe; porque nadie se esforzará por conseguir la sanidad de los ojos si no la cree indispensable para ver lo que no puede mostrarse por hallarse inquinada y débil. Y si cree que realmente, sanando de su enfermedad, alcanzará la visión, pero le falta la esperanza de lograr la salud, ¿no es verdad que rechazará todo remedio, resistiéndose a los mandatos del médico?

A.-Así es ciertamente, sobre todo porque tales preceptos son difíciles para los enfermos.

R.-Ha de añadirse, pues, la esperanza a la fe.

A.-Sigo la misma opinión.

R.-Y si admitiere todo eso, animándole la esperanza de poderse curar, pero no desea la luz prometida y anda contenta en sus tinieblas, que con la costumbre se le han hecho agradables, ¿no es verdad que aborrecerá al médico?

A.-Ciertamente.

R.-Se requiere, pues, la tercera cosa, que es la caridad.

A.-Nada es tan necesario.

R.-Luego sin las tres cosas, ninguna alma puede sanarse y habilitarse para ver, es decir, entender a Dios.

13. Cuando, pues, ya tuviera sanos los ojos, ¿qué le resta?

A.-Mirar.

R.-La razón es la mirada del alma; pero como no todo el que mira ve, la mirada buena y perfecta, seguida de la visión, se llama virtud, que es la recta y perfecta razón. Con todo, la misma mirada de los ojos ya sanos no puede volverse a la luz, si no permanecen las tres virtudes: la fe, haciéndole creer que en el objeto de su visión está la vida feliz; la esperanza, confiando en que lo verá, si mira bien; la caridad, queriendo contemplarlo y gozar de él.

A la mirada sigue la visión misma de Dios, que es el fin de la mirada no porque ésta cese ya, sino porque Dios, que es el único objeto a cuya posesión aspira, y tal es la verdadera y perfecta virtud, la razón que llega a su fin, premiada con la vida feliz. Y la visión es un acto intelectual que se verifica en el alma como resultado de la unión del entendimiento y del objeto conocido, lo mismo que para la visión ocular concurren el sentido y el objeto visible, y ninguno de ellos se puede eliminar, so pena de anularla.

Del libre albedrío (388) Libro II, Cap. XIX

Grandes, pues, son estos bienes; pero es preciso recordar que no sólo los grandes, sino también los más pequeños no pueden venir sino de aquel de quien procede todo bien, que es Dios. Esto nos lo ha demostrado el diálogo anterior, a cuyas conclusiones has dado tantas veces y con tanta alegría tu aprobación.

Por consiguiente, las virtudes, por las cuales se vive rectamente, pertenecen a la categoría de los grandes bienes; en cambio, las clases diversas de cuerpos, sin los cuales se puede vivir rectamente, son los bienes más pequeños; y las potencias del alma, sin las cuales no se puede vivir rectamente, son los bienes intermedios. De las virtudes nadie usa mal; de los demás bienes, es decir, de los intermedios y de los inferiores, cualquiera puede usar bien, y también abusar.

Pero de las virtudes nadie abusa, porque la función propia de la virtud es precisamente el hacer buen uso de aquellas cosas de las cuales podemos abusar; y nadie que usa bien, abusa. Pues bien, la liberal e infinita bondad de Dios es la que nos ha dado no sólo los bienes grandes, sino también los medianos y los pequeños, y a esta bondad debemos alabar más por los bienes grandes que por los medianos y más por los medianos que por los pequeños; pero por todos juntos más que si no nos los hubiese dado todos.⁵² Cuando la voluntad, que es un bien de los intermedios, se une al bien no propio de cada uno, sino al inmutable y común a todos, como es aquella verdad de la que hemos hablado largamente —sin que hayamos dicho nada digno de ella—, entonces posee el hombre la vida bienaventurada, y esta vida bienaventurada, es decir, los sentimientos afectuosos del alma, unida al bien inmutable, es el bien propio y principal del hombre. En él están contenidas también todas las virtudes, de las cuales nadie puede hacer mal uso. Aunque éstos sean los bienes más grandes en el hombre y los primeros, ya se comprende que son, no obstante, propios de cada hombre y no comunes. He aquí, pues, cómo la verdad y la sabiduría, que son comunes a todos los hombres, nos hacen a todos sabios y felices por nuestra unión con ella.

Pero la bienaventuranza de un hombre no hace bienaventurado a otro, porque, cuando lo imita para llegar a serlo, desea serlo por los mismos

medios que ve que lo es el otro, es decir, por aquella verdad inmutable, bien común a todos.

Ni por la prudencia de un hombre se hace prudente otro hombre, ni fuerte por la fortaleza de otro, ni moderado por la templanza ajena, ni justo por la justicia de nadie, sino que llegará a serlo conformando su alma a aquellas inmutables normas y luces de las virtudes que viven inalterablemente en la misma verdad y sabiduría, común a todos, a los cuales aquélla conformó y fijó el espíritu que dotado de esas virtudes se propone como ejemplo que imitar.⁵³ La voluntad, pues, que se une al bien común e inmutable, consigue los primeros o más grandes bienes del hombre, siendo ella uno de los bienes intermedios. Pero la voluntad que se aparta de dicho bien común, y se convierte hacia sí propia, o a un bien exterior o inferior, peca. Se convierte hacia sí misma, como a bien propio, cuando quiere ser dueña de sí misma; vuélvese hacia los bienes exteriores cuando quiere apropiarse los bienes de otro o cualquier cosa que no le pertenece; y a los inferiores, cuando ama los placeres del cuerpo. Y, de esta suerte, el hombre soberbio, curioso y lascivo entra en otra vida, que, comparada con la vida superior, más bien se ha de llamar muerte que vida. No obstante, la rige y gobierna la providencia de Dios, que pone las cosas en el lugar que les corresponde y distribuye a cada uno según sus méritos.

Así resulta que ni siquiera aquellos bienes que anhelan los pecadores son en manera alguna males, ni lo es tampoco la voluntad libre del hombre, que hemos reconocido que debe clasificarse en la categoría de los bienes intermedios. No; el mal consiste en su aversión del bien inmutable y en su conversión a los bienes mudables: y a esta aversión y conversión, como que no es obligada, sino voluntaria, sigue de cerca la digna y justa pena de la infelicidad.

Ochenta y tres cuestiones diversas(389) CUESTIÓN 31

Opinión de Cicerón sobre la división y definición de las virtudes del alma Respuesta:

Definición de la virtud. La virtud es una disposición del alma conforme al modo de ser de la naturaleza y a la razón. Así, después de conocidas todas sus clases, habrá que estudiar atentamente el dinamismo entero de la honestidad sin artificio. División. En resumen, tiene cuatro partes: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

La prudencia. Es el conocimiento de las cosas buenas, de las cosas malas y de las cosas indiferentes. Sus partes son: la memoria, la inteligencia y la providencia. La memoria es la facultad por la cual el alma evoca las cosas que ya han sido. La inteligencia es la facultad por la que el alma percibe las cosas presentes. La providencia es la facultad por la que el alma percibe algo que va a suceder antes de que sea un hecho.

La justicia. Es la disposición del alma exigida por la utilidad social que da a cada uno su mérito. Su origen proviene de la naturaleza; luego, algunos aspectos han pasado a la costumbre por razón de su utilidad; después, el respeto a las leyes y la religión han sancionado las cosas que la naturaleza ha inspirado únicamente y ha aprobado la costumbre. Hay un derecho natural que no es fruto de la opinión, sino que una fuerza innata lo ha inculcado como religión, piedad, gratitud, acción de la justicia, observancia y veracidad. La religión es la que aporta el cuidado y el culto de una naturaleza superior, que llaman divina. La piedad consagra a los parientes y a la patria el deber magnánimo y el servicio atento. La gratitud supone el reconocimiento de las amistades y de los deberes mutuos y la voluntad de corresponderlos. La acción de la justicia conjura la violencia o la ofensa y todo lo que puede perjudicar, bien defendiendo, bien castigando.

La observancia hace dignas de algún respeto y honor a las personas que sobresalen por algún mérito. La veracidad manifiesta sin alteración las cosas tal como son, presentes, pasadas o futuras. Además hay un derecho consuetudinario, que, insinuado levemente por la naturaleza, el uso lo ha desarrollado, como vemos en la religión y en alguna parte de las virtudes que hemos mencionado antes, lo cual, procediendo de la naturaleza, ha sido desarrollado por la costumbre, o la antigüedad lo ha elevado a costumbre con la aprobación popular. De este género son el pacto, la equidad, la ley y la cosa juzgada. El pacto es lo convenido entre varios. La equidad es lo que para todos es igual. Por ley se entiende lo que, codificado por escrito, es promulgado al pueblo para que lo observe.

La fortaleza. Consiste en afrontar los peligros y soportar los trabajos con madura reflexión. Comprende: la magnanimidad, la confianza, la paciencia, la perseverancia. La magnanimidad es la grandeza de espíritu en la práctica y la administración de las cosas grandes y elevadas, con disposición generosa y espléndida de alma. La confianza es la parte de la fortaleza por la que el alma pone en sí misma mucho aplomo para las cosas grandes y honestas con una esperanza segura. La paciencia es la firmeza voluntaria y constante para soportar las cosas arduas y difíciles por virtud o utilidad. La perseverancia es la constancia inquebrantable y continua con reflexión justa y ponderada.

La templanza. Es el dominio firme y mesurado de la razón sobre la pasión y los otros movimientos desordenados del alma. Sus componentes son: la continencia, la clemencia y la modestia. La continencia es para regir la pasión bajo la dirección de la prudencia. La clemencia es la afabilidad para templar los sentimientos del alma excitada y disparada temerariamente al odio contra alguno. La modestia es la conciliación del pudor honesto con el prestigio glorioso y sólido.². La práctica de las virtudes. Pues bien, todas estas cosas han de ser buscadas sin interés alguno. Tesis que no está en nuestro propósito demostrar y que no conviene al precepto de la brevedad. Se deben evitar por sí mismas no sólo las cosas que les son opuestas, como la cobardía a la fortaleza, y la injusticia a la justicia, sino también aquellas cosas que parecen próximas y semejantes, pero que son muy diferentes.

Así, la desconfianza es algo contrario a la confianza y por eso mismo es un vicio; la audacia no es algo contrario, sino cercano y próximo a la confianza, y con todo es un vicio. De este modo, a cada virtud se le puede encontrar un vicio contiguo, sea designado con un nombre concreto, como la audacia que está muy cerca de la confianza, la terquedad de la perseverancia, la superstición que está muy próxima a la religión, sea designado sin nombre alguno preciso. Todo lo cual debemos poner igualmente entre las cosas que hay que evitar como contrarias a las cosas buenas.

En fin, he hablado bastante de ese género de honestidad que se recomienda por sí solo. Ahora me parece que debo hablar de aquello

donde se junta también la utilidad, que llamamos honestidad.³ La atracción de las cosas. Así pues, hay muchas cosas que nos atraen tanto por su mérito como por su valor intrínseco. Tales son: la gloria, la dignidad, la grandeza, la amistad. La gloria es la fama frecuente de una persona con alabanza. La dignidad de alguno es el prestigio honesto digno de respeto, de honor y de reverencia. La grandeza es el poder, o la majestad o la gran abundancia de posibilidades.

La amistad es la voluntad de querer el bien para uno por causa de la misma persona a la que se ama con una voluntad recíproca. Como aquí estamos hablando de causas civiles, añadimos a la amistad sus frutos para que se vea también por qué deben ser deseados, no vaya a ser que nos critiquen quienes piensan que estamos hablando de cualquier clase de amistad. Por más que hay quienes creen que la amistad debe buscarse sólo por interés, los hay que por ella sola, los hay también que por ella y por interés. De todo lo cual, qué es lo más conforme a la verdad, habrá otro lugar para examinarlo.

Sermón de la montaña 1(393/4) Libro I Cap. IV 11.

Por tanto, si los enumeramos ascendiendo de grado en grado, nos encontramos con que el primero es el temor de Dios; el segundo la piedad; el tercero la ciencia; el cuarto la fortaleza; el quinto el consejo; el sexto la inteligencia, y el séptimo la sabiduría. El temor de Dios corresponde a los humildes, de los cuales en el Evangelio 37 se dice: Felices los pobres en el espíritu, es decir, los no hinchados y orgullosos, a los cuales dice el Apóstol: No te engrías, antes bien vive con temor 38, es decir, no te ensoberbezcas.

La piedad corresponde a los mansos. Quien investiga humildemente honra la Sagrada Escritura, no censura lo que aún no comprende y, por tanto, no la contradice y esto es ser humilde; y por esto se dice felices los mansos. La ciencia corresponde a los que lloran, los cuales conocieron ya en la Escritura de qué clase de males han sido prisioneros y a causa de la ignorancia los han deseado como buenos y gozosos; por esto se dice en el Evangelio: Felices aquellos que lloran.

La fortaleza corresponde con aquellos que tienen hambre y sed. Trabajan anhelando el gozo de los verdaderos bienes y deseando apartar su corazón del afecto a las cosas terrenas y temporales; de esos se dice: *Felices aquellos que tienen hambre y sed de la justicia.*

El consejo corresponde a los que practican la misericordia. Hay un único remedio para librarse de tan grandes males: que perdonemos como deseamos que se nos perdone; y ayudemos a los demás en lo que podamos, como deseamos que se nos ayude en aquello que no podemos; de ellos se dice: Felices los misericordiosos.

El entendimiento corresponde a los puros de corazón, entendido como el ojo purificado, a fin de que se pueda percibir lo que ni ojo corporal alguno vio, ni oído oyó, ni ha penetrado en el corazón del hombre³⁹, de los cuales aquí se dice: Felices los limpios de corazón.

La sabiduría corresponde a los pacíficos, en los cuales todos sus actos están ordenados y no hay impulso alguno contra la razón, sino que todo está sometido a la consciencia del hombre, dado que también él está sometido a Dios; de esos se dice aquí: Felices los que obran la paz.¹² Sin embargo, un único premio, es decir el reino de los cielos, ha sido repetido de diversas maneras, según los grados diferentes. [...] Todos estos valores pueden ser realizados en esta vida, como creemos que fueron realizados en los Apóstoles; pues, en efecto, no hay palabras que puedan expresar aquella perfecta transformación en figura angélica que se promete después de esta vida. Felices, por tanto, los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos ⁴⁸.

Esta octava sentencia, que vuelve al principio y declara al hombre perfecto, se significa quizás en la circuncisión al octavo día en el Antiguo Testamento y en la resurrección del Señor después del sábado, que es a su vez el octavo día y al mismo tiempo el primer día de la semana, y en la observancia de los ocho días de descanso que practicamos en la regeneración del hombre nuevo y del mismo número de Pentecostés. En efecto, multiplicando por siete el septenario, resultan cuarenta y nueve y añadiendo un nuevo día tenemos cincuenta y así se retorna al principio. En este día fue enviado el Espíritu Santo, que nos guía hacia el reino de los cielos y recibimos la heredad, somos consolados y saciados, obtenemos misericordia, somos purificados y se nos restituye la paz. Perfeccionados de este modo, soportamos por la verdad y la justicia todas las molestias exteriores que nos vinieren. *Cfr.: De la verdadera religión XXVI-XXVII*

De la doctrina cristiana.(396)Libro II Cap. 2

Los grados para llegar a la sabiduría son: el primero, el temor; los segundos, por orden, la piedad, la ciencia, la fortaleza, el consejo, la pureza de corazón; y el último, la sabiduría⁹. Ante todo, es preciso que el temor de Dios nos lleve a conocer su voluntad y así sepamos qué nos manda apetecer y de qué huir. Es necesario que este temor infunda en el alma el pensamiento de nuestra mortalidad y el de la futura muerte, y que, como habiendo clavado las carnes, incruste en el madero de la cruz todos los movimientos de soberbia. Luego, es menester amansarse con el don de la piedad para no contradecir a la divina Escritura cuando, entendiéndola, reprende algún vicio nuestro, o cuando, no entendiéndola, creemos que nosotros podemos saber más y mandar mejor que ella. Antes bien, debemos pensar que es mucho mejor y más cierto lo que allí está escrito, aunque aparezca oculto, que cuanto podamos saber por nosotros mismos.¹⁰ Después de estos dos grados, del temor y la piedad, se sube al tercero, que es el de la ciencia, del cual he determinado hablar ahora. Porque en éste se ejercita todo el estudioso de las divinas Escrituras, no encontrando en ellas otra cosa más que se ha de amar a Dios por Dios y al prójimo por Dios: A éste, con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente; al prójimo como a nosotros mismos⁶, es decir, que todo amor al prójimo como a nosotros ha de referirse a Dios. De estos dos preceptos hemos tratado en el libro anterior al hablar de las cosas.

Es, pues, necesario que ante todo cada uno vea, estudiando las divinas Escrituras, que si se halla enredado en el amor del mundo, es decir, en el de las cosas temporales, está tanto más alejado del amor de Dios y del prójimo cuanto lo prescribe la misma Escritura. Luego entonces, aquel temor que hace pensar en el juicio de Dios, y la piedad por la que no puede menos de creer y someterse a la autoridad de los libros santos, le obligan a llorarse a sí mismo. Porque esta ciencia de útil esperanza no hace al hombre jactarse, sino lamentarse de sí mismo; con cuyo afecto obtiene, mediante diligentes súplicas, la consolación del divino auxilio, para que no caiga en la desesperación, y de este modo, comienza a estar en el cuarto grado, es decir, en la fortaleza, por el cual se tiene hambre y sed de justicia. Este afecto arranca al hombre de toda

mortífera alegría de las cosas temporales, y, apartándose de ellas, se dirige al amor de las eternas, es decir, a la inmutable unidad y Trinidad.

11. Tan pronto como el hombre, en cuanto le es posible, llega a divisar de lejos el fulgor de esta Trinidad y reconoce que no puede soportar la flaqueza de su vista aquella luz, asciende al quinto grado, es decir, al consejo de la misericordia, donde purifica su alma alborotada y como desasosegada por los gritos de la conciencia, de las inmundicias contraídas debidas al apetito de las cosas inferiores.

Aquí se ejercita denodadamente en el amor del prójimo y se perfecciona en él, y, lleno de esperanza e íntegro en sus fuerzas, llega hasta el amor del enemigo; y de aquí sube al sexto grado, donde purifica el ojo mismo con que puede ver a Dios, como pueden verle aquellos que, en cuanto pueden, mueren a este mundo. Porque, ciertamente, en tanto le ven en cuanto mueren a este siglo, y no le ven mientras viven para el mundo. Y por esto, aunque la luz divina comience a mostrarse no sólo más cierta y tolerable, sino más agradable, sin embargo, aún se dice que todavía se la ve en enigma y por espejo⁷, porque mientras peregrinamos en esta vida, más bien caminamos por la fe que por realidad⁸, aunque nuestra conversación sea celestial⁹. En este sexto grado, de tal forma purifica el hombre el ojo de su alma, que ni prefiere ni compara al prójimo con la verdad; luego ni a sí mismo, puesto que ni prefiere ni compara al que amó como a sí mismo. Este justo tendrá un corazón tan puro y tan sencillo que no se apartará de la verdad, ni por interés de agradar a los hombres ni por miras de evitar alguna molestia propia que se oponga a esta vida de perfección. Un tal hijo de Dios sube a la sabiduría, que es el séptimo y último grado, de la cual gozará tranquilo en paz. El comienzo de la sabiduría es el temor de Dios¹⁰. Desde él, hasta llegar a la sabiduría, se camina por estos grados.

La Ciudad de Dios (413/26) Libro XIX Cap. 43.

Miremos ahora la virtud, que no cae dentro de los principios de la naturaleza, puesto que se les añade más tarde a través de la educación. Ella reclama para sí el primer puesto entre los bienes del hombre. ¿Y qué hace en este mundo sino una guerra sin tregua a los vicios, no los externos, sino los interiores; no los ajenos, sino más bien los propios de cada persona? Sobre todo, esa virtud que en griego se llama

σωφροσύνη en latín temperantia (templanza), ¿no lucha contra las pasiones de la carne para ponerles freno, no sea que arrastren hacia alguna desgracia al espíritu que en ellas consiente? Sí, el vicio existe.

Oigamos al Apóstol: Las apetencias carnales son contrarias al espíritu; a este vicio se opone la virtud, puesto que, como dice él mismo, las apetencias del espíritu son contrarias a la carne, porque los dos -dice él-están en conflicto. Resultado: que no hacéis lo que queréis⁴. ¿Y qué queremos nosotros cuando deseamos la consumación del bien supremo sino que las apetencias de la carne no sean contrarias a las del espíritu, y que desaparezca en nosotros el vicio contra el cual luchan las apetencias del espíritu? Y como en esta vida no somos capaces de ello, por más que lo intentamos, procuremos, al menos con la ayuda de Dios, no rendir el espíritu, cediendo a las apetencias carnales que están en pugna con él, ni dejarnos arrastrar conscientemente hacia la consumación del pecado. ¿Cómo vamos a creer, mientras dure esta guerra interior, que ya hemos alcanzado la felicidad, esa felicidad a la cual anhelamos llegar mediante la victoria? Imposible. ¿Quién es sabio en tan alto grado que ya no tenga absolutamente ninguna lucha con las pasiones?⁴. Examinemos ahora la virtud llamada prudencia. ¿Toda su vigilancia no consiste en discernir los bienes de los males para procurar unos y evitar los otros, de forma que no se deslice ningún error? ¿Y no está con ello evidenciando que nosotros nos hallamos en medio del mal, o que el mal se halla entre nosotros? Ella nos enseña que el mal está en caer en el pecado, consintiendo en las bajas pasiones, y el bien en no consentirlas y evitarlo. Con todo, ese mal, al que la prudencia nos enseña a resistir y cuya victoria logramos mediante la templanza, ni una ni otra virtud consigue eliminar de esta vida.

Hablemos de la justicia. Su objeto es dar a cada uno lo suyo (de aquí que en el mismo hombre haya un orden natural justo: el alma se somete a Dios y la carne al alma. Así, alma y carne están a Dios sometidas). Pero ¿no está demostrando que aún se encuentra penando en este trabajo más bien que descansando por haberlo terminado? El alma tanto menos está sometida a Dios cuanto menos Dios está presente en su pensamiento. Y tanto menos la carne está sometida al alma cuanto más lucha con sus apetencias contra el espíritu. Y mientras estemos arrastrando esta debilidad, este achaque, esta peste, ¿cómo nos

atreveremos a llamarnos liberados si no lo estamos todavía? ¿Cómo nos vamos a llamar bienaventurados con aquella felicidad definitiva?

Veamos también qué nos dice la virtud llamada fortaleza. Participará de toda la sabiduría que se quiera; pero es ella un testimonio irrefutable de los males humanos al sentirse obligada a tolerarlos con la paciencia. No comprendo cómo han tenido desfachatez los estoicos para negar que éstos son verdaderos males, llegando a reconocer que si se agrandasen hasta el punto de no poder o no deber soportarlos el sabio, está obligado a inferirse la muerte a sí mismo y emigrar de esta vida. En hombres como éstos, que pretenden encontrar aquí abajo el sumo bien y conseguir por sí mismos la felicidad, el orgullo ha llegado a un tal grado de aturdimiento, que el sabio según sus cánones, ese sabio que ellos describen con pinceladas de pasmosa vanidad, aunque llegue a quedarse ciego, sordo, mudo, paralítico, atormentado de dolores, cubierto, en fin, de todas las desgracias de este tipo que se puedan decir o imaginar, hasta el punto de sentirse obligado a suicidarse, todavía tienen la desfachatez de llamar bienaventurada a una vida así.

¡Oh qué vida tan feliz que recurre a la muerte para ponerle fin! Si es una vida feliz, continúese viviendo en ella. Pero si por unos males como éstos se pretende escapar de ella, ¿cómo va a ser feliz? ¿Conque son males estos que triunfan sobre un bien que es fortaleza, y no sólo la obligan a rendirse ante ella, sino que hacen disparatar diciendo que una vida así es feliz, pero que hay que huir de ella?

¿Cómo se puede estar tan ciegos para no ver que si es feliz no hay por qué escapar de ella? Pero si se ven obligados a confesar que hay que abandonarla por el peso de sus calamidades, ¿qué razón hay para no reconocer desgraciada esta vida, humillando su orgullosa cerviz?

Una pregunta: ¿el célebre Catón se suicidó por paciencia o más bien por su impaciencia? Nunca habría hecho lo que hizo si hubiera sabido soportar pacientemente la victoria de César.

¿Dónde está su fortaleza? Se rindió, sucumbió, fue derrotado hasta abandonar esta vida, hasta desertar, hasta huir de ella.

¿O es que ya no era feliz? Luego entonces era desgraciado: ¿y cómo es que no eran males los que convertían la vida en desgraciada y repudiable?

5. Hasta los mismos que confiesan ser males estos que hemos citado, como son los peripatéticos, como son los viejos académicos, de

cuya secta Varrón se muestra defensor, hablan en términos más tolerables. Con todo, caen en un chocante error: el creer que la vida feliz se da en medio de todos esos males, aunque sean tan horrendos que se deben rehuir con el suicidio de quien los padece.

«Males son -nos dice Varrón-los tormentos y suplicios corporales, y tanto peores cuanto mayores puedan ser. Para liberarte de ellos se hace necesario huir de esta vida». ¿De qué vida, por favor? «De esta vida - responde-, tiranizada por tamaños males». Entonces, ¿de verdad es feliz esta vida en medio de esos mismos males que la hacen, como tú dices, repulsiva? ¿O la llamas feliz porque tienes la posibilidad de escapar de esos males con la muerte? ¿Y qué te parece si por una decisión divina te vieras coaccionado a permanecer viviendo, sin posibilidad de morir ni de verte libre de tales sufrimientos? Me imagino que al menos así tú llamarías desdichada a una tal vida. No es precisamente feliz una vida por la posibilidad de abandonarla en seguida.

Tú mismo la llamas desgraciada si fuera interminable. Ninguna desgracia, en realidad, nos debe parecer nula por ser breve, ni tampoco - lo que sería aún más absurdo-precisamente por ser breve una desgracia la vamos a llamar felicidad. ¡Qué fuerza tendrán estos males que - según estos filósofos-obligan al hombre, incluso al sabio, a privarse de aquello que le hace hombre! Dicen -y dicen bien-que éste es, por así decirlo, el primer y más agudo grito de la naturaleza humana: mirar por sí mismo y huir instintivamente de la muerte; estimarse a sí mismo hasta el punto de desear con fuerte impulso continuar siendo un viviente y apetecer la unión de su alma con su cuerpo. ¡Qué fuerza tendrán estos males que arrancan el instinto natural que nos lleva a evitar la muerte por todos los medios, con todas nuestras fuerzas, con todos nuestros impulsos! Y lo vence de tal manera que lo que antes se trataba de evitar ahora se busca y se apetece, y si una mano ajena no se lo proporciona, el propio hombre se lo infiere a sí mismo. ¡Cuál será la fuerza de estos males, que convierten en homicida a la virtud de la fortaleza!, si es que aún podemos seguir llamando fortaleza a la que está tan rendida ya por estas desgracias, que no solamente se vuelve incapaz de custodiar por la paciencia al hombre, que tiene encomendado, para servirle de guía y protección, como virtud que es, sino que ella misma se siente constreñida a matarlo.

Cierto, el sabio debe tolerar pacientemente incluso la muerte, pero venida de otra parte. Ahora bien, según estos filósofos, cuando el mismo sabio se siente en la obligación de procurarse la muerte a sí mismo, es preciso confesar sin rodeos que no se trata únicamente de males: son males insoportables los que le llevan a perpetrarlo.

Una vida que transcurre oprimida bajo el peso de males tan fuertes, tan agudos, o bajo la amenaza de su eventualidad, jamás la llamaríamos feliz si los hombres que así hablan, lo mismo que se rinden ante la desgracia cuando se causa la muerte, vencidos bajo el duro golpe de las calamidades, se dignasen rendirse ante la verdad, vencidos también por razones de peso, en su búsqueda de la vida feliz, y si se quitaran de la cabeza la posibilidad de disfrutar del sumo bien en esta vida mortal: aquí las mismas virtudes, que son -no lo dudamos-el tesoro máspreciado y más útil del hombre en este mundo, cuanto más eficaz protección son contra los peligros, las calamidades, los dolores, tanto son más evidentes testimonios de sus desventuras.

Si hablamos de las virtudes verdaderas -y éstas nunca las podrán tener más que aquellos que vivan una vida auténticamente religiosa-, no se las dan de poderosas como para librar de toda miseria a los hombres que las poseen (no son mentirosas estas virtudes para proclamar esto); más bien procuran la felicidad de la vida humana -igual que su salvación-mediante la esperanza del siglo futuro, ella que en medio de tantas y tamañas calamidades se ve obligada a ser infeliz en este siglo.

Selección de Textos realizada por Lic. Diana Fernandez, UBA.
Edición y Maquetación: Biblioteca Agustiniana de Buenos Aires